

La calle para el martes 18 de septiembre de 2007
Diario de un espectador
Cronista meridano
por miguel ángel granados chapa

Aunque se trasladó a la ciudad de México en función de sus intereses profesionales, Fernando Espejo Méndez, el poeta muerto la semana pasada, no dejó nunca de vivir en su Mérida natal, a la que dedicó innumerables textos, en prosa y en verso. Uno de sus libros le está consagrado íntegramente. Se titula Mérida poro a poro y de allí tomamos los siguientes amorosos sonetos:

El primero se llama Tu, y dice así:

“¿Qué dice usted, a ver qué le parece?/ Estoy buscando —y ni ato ni desato---/la noche en la que escondo su retrato/ por ver hasta qué angustias amanece. / De pronto, como un sol, me resplandece/ ante la vista, el beso y el olfato./ Qué gusto de mirarla por un rato, /blanca y de novia, como si lo fuese.../ Desde el primer piropo al coqueteo/ del que quedé rendido y suspirando,/ya tendremos confianza, digo, creo.../ y si nos fuimos tanto enamorando.../ ¿Será llegado el tiempo del tuteo/ y nos digamos Mérida y Fernando?”

Acordado ese tratamiento, el poeta lo aplica ya en El sueño:

“Lejos de ti, te sueño, aquí te adoro,/ me paro de puntillas, me imagino/ de tu sosiego el huésped o inquilino,/ y te atisbo, te acecho y rememoro./ Pero, ¿quién sueña a quién? Poro por poro/ siento que tu me sueñas el camino/ de ser tu cualquier hijo de vecino/ en el que te cortejo y te enamoro./ Lejos de ti, ciudad amante, fueras/ amada siempre más. Qué testaruda/ la imagen de tu sueño, en las esperas.../ Cuánto soñar, mis pasos, tus aceras/ para llegar hasta la misma duda:/ ¿era yo el soñador, o tu lo eras?”

El tercer soneto se titula Siempre:

“Mérida, por la rosa de los vientos, y por los cuatro puntos cardinales,/ por mis cinco sentidos, los cabales,/ y por los cuatro, antiguos elementos./ Mérida siempre, en todos los momentos:/ se sube a mis presiones arteriales/ y viaja con mis cartas credenciales/ en el golpe de voz de mis acentos./ Mérida huelo a todo lo que huelo,/ me sabe a vino cuando pruebo el vino/ y es una nube blanca en cualquier cielo./ Su súbita memoria me desgarras/ y hacia ella salgo por cualquier camino/ a la primera cuerda de guitarra”.

Espejo no pudo más que titular a uno de sus sonetos Volver:

“Volver, estar de vuelta, de regreso;/ el tiempo surge su figaz rotura/ como espejo que inventa una figura/ para, otra vez, venir a darme un beso./ Hoy he vuelto, y me encuentro en el proceso/ de la reconstrucción de la hermosura,/ todo está igual, hasta el amor perdura./ Tal vez yo soy así, tal vez por eso./ Soy yo el que vuelve, pero todo vuelve: la bandada de pájaros resuelve/ anochecer la luz del algarrobo/ y ante la misma tarde que regresa/a llenarme de trinos la cabeza,/ hoy he vuelto a poner cara de bobo”.

Y sigue ahora El campanario:

“Sueño a veces, de amor, cuatro ventanas,/ de un campanario que a primera hora, para alcanzar la altura de la aurora,/ hacía bailar de puntas sus campanas./ Pregonero del alba, qué sonora/ era su voz de hablarme en las mañanas,/ qué afán de despertarme y con qué ganas,/ qué alta su presencia antes y ahora,/ qué cónclave de aves y qué alarde/ de clamores, de ángelus, de trinos,/ mojándose en el charco de la tarde.../Ahora es el tiempo. Dice el calendario/ que hay que aprestar los pies y los caminos/ que me manda llamar el campanario”.

Y, por último, Tu luz:

“Mérida, meridana, merideña.../ Vine a ti desde el cielo por la vía/ láctea, camino de la luz del día,/ de tu luz sideral que el fuego sueña./ ¿Luz de darse uno a luz? ¿Por qué se empeña/ en santiguar tu luz santa Lucía?/ ¿Nacer es alumbrar? Renacería, /que se me, en lucidez, el santo y seña./ Yo estoy iluminado. Mi cabeza/ --sombra y flor cenital—se hizo una huella/ y en el jardín donde la luz empieza/

se ha abierto un girasol ante tu lumbre./ Un pétalo me llevo. En él destella/ el amarillo sol que es tu
costumbre”.